STEFAN ZWEIG

MOMENTOS ESTELARES DE LA HUMANIDAD

CATORCE MINIATURAS HISTÓRICAS

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE BERTA VIAS MAHOU

BARCELONA 2002 ACANTILADO

TÍTULO ORIGINAL *Sternstunden der Menschheit*

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© by Atrium Press Limited
© de la traducción, 2002 by Berta Vias Mahou
© de esta edición, 2002 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-95359-92-6
DEPÓSITO LEGAL: B. 28 848-2011

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

VIGESIMOQUINTA REIMPRESIÓN *septiembre de 2021*
PRIMERA EDICIÓN *octubre de 2002*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

TABLA

Prólogo 9

CICERÓN
15 DE MARZO DE 44 A. C. 11

LA CONQUISTA DE BIZANCIO
29 DE MAYO DE 1453 37
Intuición del peligro 37
La misa de la reconciliación 40
Comienza la guerra 41
Las murallas y los cañones 43
De nuevo hay esperanzas 47
La flota avanza por encima de la montaña 51
¡Europa, ayuda! 54
La noche antes del ataque 56
La última misa en Santa Sofía 58
Kerkaporta, la puerta olvidada 60
La cruz se desploma 64

HUIDA HACIA LA INMORTALIDAD
EL DESCUBRIMIENTO DEL OCÉANO PACÍFICO
25 DE SEPTIEMBRE DE 1513 67
Aparejan un barco 67
El hombre del cajón 71
Ascenso peligroso 73
Huida hacia la inmortalidad 77
Instante imperecedero 79
Oro y perlas 85
Rara vez conceden los dioses... 88
El ocaso 92

LA RESURRECCIÓN
DE GEORG FRIEDRICH HÄNDEL
21 DE AGOSTO DE 1741 95

EL GENIO DE UNA NOCHE
«LA MARSELLESA», 25 DE ABRIL DE 1792 121

EL MINUTO UNIVERSAL DE WATERLOO
NAPOLEÓN, 18 DE JUNIO DE 1815 139
Grouchy 139
La noche en Caillou 143
La mañana de Waterloo 144
El error de Grouchy 146
La historia universal en un instante 147
La tarde de Waterloo 148
La decisión 150
Recaída en lo cotidiano 152

LA ELEGÍA DE MARIENBAD
GOETHE ENTRE KARLSBAD Y WEIMAR
5 DE SEPTIEMBRE DE 1823 157

EL DESCUBRIMIENTO DE EL DORADO
J. A. SUTER, CALIFORNIA. ENERO DE 1848 169
Cansado de Europa 169
Rumbo a California 170
Nueva Helvecia 171
El fatal golpe de pala 173
La avalancha 174
El proceso 176
El final 177

MOMENTO HEROICO
DOSTOIEVSKI, SAN PETERSBURGO, PLAZA SEMENOVSK
22 DE DICIEMBRE DE 1849 181

LA PRIMERA PALABRA
A TRAVÉS DEL OCÉANO
CYRUS W. FIELD, 28 DE JULIO DE 1858 189
El nuevo ritmo 189
Los preparativos 195
La primera salida 197
Contratiempo 199
Una vez más, un contratiempo 200
El tercer viaje 203
El gran hosanna 205
La gran crucifixión 208
Seis años de silencio 210

LA HUIDA HACIA DIOS
FINALES DE OCTUBRE DE 1910 213
Introducción 213
Personajes del Epílogo 215
Escena primera 215
Escena segunda 230
Escena tercera 241

LA LUCHA POR EL POLO SUR
EL CAPITÁN SCOTT, 90 GRADOS DE LATITUD
16 DE ENERO DE 1912 251
La lucha por la Tierra 251
Scott 253
«Universitas antarctica» 255
La partida hacia el Polo 257
El Polo Sur 261
El 16 de enero 261
El descalabro 264
Las cartas del moribundo 267
La respuesta 270

EL TREN SELLADO
LENIN, 9 DE ABRIL DE 1917 273
El hombre que vive en casa del zapatero remendón 273
Consumación... 276
...y decepción 277
A través de Alemania, ¿sí o no? 279
El pacto 280
El tren precintado 283
El proyectil alcanza su objetivo 284

WILSON FRACASA
15 DE ABRIL DE 1919 287

Prólogo

Ningún artista es durante las veinticuatro horas de su jornada diaria ininterrumpidamente artista. Todo lo que de esencial, todo lo que de duradero consigue, se da siempre en los pocos y extraordinarios momentos de inspiración. Y lo mismo ocurre en la Historia, a la que admiramos como la poetisa y la narradora más grande de todos los tiempos, pero que en modo alguno es una creadora constante. También en ese «misterioso taller de Dios», como respetuosamente llamara Goethe a la Historia, gran parte de lo que ocurre es indiferente y trivial. También aquí, como en todos los ámbitos del arte y de la vida, los momentos sublimes, inolvidables, son raros. La mayoría de las veces, en su calidad de cronista se limita a hilvanar, indolente y tenaz, punto por punto, un hecho tras otro en esa inmensa cadena que se extiende a lo largo de miles de años, pues toda crisis necesita un periodo de preparación y todo auténtico acontecimiento, un desarrollo. Los millones de hombres que conforman un pueblo son necesarios para que nazca un solo genio. Igualmente han de transcurrir millones de horas inútiles antes de que se produzca un momento estelar de la humanidad.

Pero cuando en el arte nace un genio, perdura a lo largo de los tiempos. A su vez cada uno de estos momentos estelares marca un rumbo durante décadas y siglos. Así como en la punta de un pararrayos se concentra la electricidad de toda la atmósfera, en esos instantes y en el más corto espacio, se acumula una enorme abundancia de acontecimientos. Lo que por lo general transcurre apaciblemente de modo sucesivo o sincrónico, se comprime en ese único instante que todo lo determina y todo lo decide.

Un único «sí», un único «no», un «demasiado pronto» o un «demasiado tarde» hacen que ese momento sea irrevocable para cientos de generaciones, determinando la vida de un solo individuo, la de un pueblo entero e incluso el destino de toda la humanidad.

Tales momentos dramáticamente concentrados, tales momentos preñados de fatalidad, en los que una decisión destinada a persistir a lo largo de los tiempos se comprime en una única fecha, en una única hora y a menudo en un solo minuto, son raros tanto en la vida del individuo como en el curso de la Historia. Aquí he tratado de evocar, a partir de las más variadas épocas y regiones, algunos de esos momentos estelares—los he denominado así, porque, resplandecientes e inalterables como estrellas, brillan sobre la noche de lo efímero—. En ningún caso se ha procurado decolorar o intensificar la verdad de los acontecimientos externos o internos recurriendo a la propia invención, pues en esos instantes sublimes que la Historia configura a la perfección, no es necesario que ninguna mano acuda en su ayuda. Allí donde ella impera como poetisa, como dramaturga, ningún escritor tiene derecho a intentar superarla.

CICERÓN

15 DE MARZO DE 44 A. C.

Lo más prudente que puede hacer un hombre sensato y no muy intrépido cuando se encuentra con otro más fuerte que él es evitarlo y, sin avergonzarse, aguardar un cambio, hasta que el camino vuelva a quedar libre. Marco Tulio Cicerón, el primer humanista del imperio romano, el maestro de la oratoria, defensor de la justicia, se afanó durante tres décadas por servir a la ley heredada de sus mayores y por mantener la república. Sus discursos han quedado grabados en los anales de la Historia. Sus obras literarias, en los sillares de la lengua latina. Combatió la anarquía en la persona de Catilina. La corrupción, en la de Verres. Y la amenaza de la dictadura, en las de los generales victoriosos. Su libro *De re publica* se consideró en su época como el código ético del Estado ideal. Pero ahora llega alguien más fuerte. Con sus legiones galas, Julio César, al que en un principio ha promovido por ser el de más edad y el más notable, se ha convertido de la noche a la mañana en el dueño y señor de Italia. Como jefe absoluto del poder militar no necesita más que extender la mano para hacerse con la corona imperial que Antonio le ha ofrecido ante el pueblo congregado. En vano se enfrenta Cicerón a la autocracia de César, tan pronto como éste infringe la ley en el momento que cruza el Rubicón. En vano intenta movilizar a los últimos defensores de la libertad contra los violentos. Como siempre, las cohortes se muestran más poderosas que las palabras. César, a un tiempo hombre de espíritu y de acción, ha triunfado por completo. De haber sido vengativo, como la mayoría de los dictadores, podría haber eliminado sin contemplaciones, tras su clamorosa victoria, a ese obstinado defensor

de la ley, o al menos haberle enviado al destierro. Sin embargo, más que todos sus triunfos militares, lo que honra a Julio César es su magnanimidad tras la victoria. A Cicerón, su opositor, ahora acabado, le concede la vida, sin hacer el más mínimo intento de humillarlo, y únicamente le sugiere que se retire de la escena política, que ahora le pertenece a él y en la que a cualquier otro sólo le corresponde el papel de figurante mudo y obediente.

A un hombre de espíritu no le puede suceder nada más ventajoso que el que se le excluya de la vida pública, política. Ésta arroja al pensador, al artista, fuera de su indigna órbita, una de esas que sólo se pueden dominar recurriendo a la brutalidad o a la hipocresía, y lo reintegra a la suya propia, interior, intangible e imperecedera. Cualquier forma de exilio se convierte para un hombre de espíritu en un estímulo para el recogimiento interior. Y a Cicerón ese bendito infortunio le sobreviene en el mejor momento, en el más propicio. El gran dialéctico se acerca, paso a paso, a la vejez tras una vida que, entre tumultos y tensiones, le ha dejado poco tiempo para la síntesis creadora. ¡Cuánto y cuánta contradicción ha tenido que presenciar el sexagenario en el limitado espacio de su vida! Abriéndose camino y haciendo prevalecer su opinión gracias a la tenacidad, a la capacidad de maniobra y a su superioridad espiritual, este *homo novus* o advenedizo, ha alcanzado todos los puestos y dignidades públicos, hasta entonces fuera del alcance de un hombre de provincias por estar celosamente reservados a la camarilla de la nobleza hereditaria. Ha experimentado lo más alto y lo más bajo de los favores públicos. Tras la caída de Catilina, ha subido triunfalmente los escalones del Capitolio, siendo coronado por el pueblo y honrado por el senado con el glorioso título de *pater patriae*, padre de la patria. Y por otro lado, de la noche a la mañana, ha tenido que huir al

destierro condenado por ese mismo senado y abandonado por ese mismo pueblo. No ha habido cargo en el que no se mostrara eficaz, ni rango que no alcanzara gracias a su infatigable laboriosidad. Se ha encargado de dirigir procesos en el foro. Como soldado, ha estado al mando de legiones en el campo de batalla. Como cónsul, ha administrado la república. Como procónsul, provincias enteras. Millones de sestercios han pasado por sus manos, convirtiéndose en deudas. Ha poseído la vivienda más hermosa del Palatino y la ha visto en ruinas, quemada y devastada por sus enemigos. Ha escrito tratados memorables y pronunciado discursos que han creado escuela. Ha criado hijos y los ha perdido. Ha sido valiente y débil, voluntarioso y de nuevo esclavo del elogio, muy admirado y muy odiado, un carácter inconstante, pleno de fragilidad y de esplendor. En resumen, la personalidad más atractiva y más provocadora de su tiempo, porque irremediablemente se involucró en todos los acontecimientos de esos cuarenta pletóricos años que abarcan desde Mario hasta César. Cicerón vivió y sufrió la historia de la época, la historia universal, como un testigo sin par. Sólo que no tuvo tiempo para una cosa, la más importante: para echar un vistazo a su propia vida. Jamás este hombre incansable encontró la ocasión para meditar tranquilamente y recopilar su saber, su pensamiento.

Por fin, gracias al golpe de Estado de César, que le aparta de la *res publica*, de los asuntos de Estado, se le brinda la oportunidad de cuidar de modo productivo de la *res privata*, de los asuntos particulares, lo más importante del mundo. Resignado, Cicerón abandona el foro, el senado y el imperio a la dictadura de Julio César. Una aversión hacia todo lo público empieza a apoderarse de él. Que otros defiendan los derechos del pueblo, al que las luchas de gladiadores y los juegos le importan más que su propia li-

bertad. Para él ya sólo cuenta una cosa: buscar, encontrar y configurar la suya propia, la libertad interior. Así, Marco Tulio Cicerón, por primera vez en sesenta años, vuelve la mirada a sí mismo, reflexionando tranquilamente, con la intención de demostrar al mundo para qué ha actuado y para qué ha vivido.

Artista de nacimiento, que sólo por error abandonó el mundo de los libros para entrar en el quebradizo mundo de la política, Marco Tulio Cicerón, conforme a su edad y sus más íntimas inclinaciones, trata de organizar su vida de manera clarividente. De Roma, la ruidosa metrópoli, se retira a Tusculum, la actual Frascati, y con ello se rodea de uno de los más hermosos paisajes de Italia. En suaves oleadas, cubiertas de oscuros bosques, las colinas inundan la campiña. Con un tono argentino, las fuentes resuenan en la retirada quietud. Al pensador creativo, tras todos esos años en el mercado, en el foro, dentro de la tienda de campaña en el frente o estando de viaje, se le abre aquí, por fin, el alma. La ciudad, atrayente y abrumadora, está lejos, como un simple humo en el horizonte, y, sin embargo, lo bastante cerca como para que los amigos vengan con frecuencia a mantener conversaciones estimulantes para el espíritu. Ático, al que le une una profunda confianza. Y el joven Bruto o el joven Casio. Una vez incluso—¡peligroso huésped!—el propio dictador, el gran Julio César. Pero si no acuden los amigos de Roma, en su lugar siempre hay otros, magníficos, unos compañeros que jamás defraudan, lo mismo dispuestos al silencio que a la charla. Los libros. Marco Tulio Cicerón instala en su casa de campo una fantástica biblioteca, un panal de sabiduría verdaderamente inagotable. Las obras de los sabios griegos alineadas junto a las crónicas romanas y los compendios de la ley. Con semejantes amigos de todos los tiempos y todas las lenguas, no puede sentirse solo ni una

noche. La mañana la dedica al trabajo. Un esclavo instruido aguarda siempre, obediente, el dictado. Cuando le llama a comer, su adorada hija Tulia le acorta las horas. La educación del hijo es un estímulo diario, o al menos trae consigo alguna novedad. Y además, postrera sabiduría, el sexagenario aún incurre en la locura más dulce de la vejez. Se casa con una mujer más joven que su propia hija, para disfrutar como artista de la belleza de la vida, no sólo en el mármol o en los versos, sino también en su forma más sensual y encantadora.

De modo que parece que a sus sesenta años Marco Tulio Cicerón se ha reintegrado al fin a su verdadero ser: ya sólo filósofo y no demagogo, escritor y no maestro de retórica, dueño de su tiempo libre y no solícito servidor del aplauso del pueblo. En lugar de perorar—de hablar con énfasis—ante jueces corruptos en el mercado, prefiere fijar la esencia del arte de la oratoria en su *De oratore*, un modelo para todos sus imitadores. Y a la vez, en su tratado *De senectute—Cato maior de senectute—*, instruirse él mismo acerca de que alguien realmente sabio debe aprender que la verdadera dignidad de la vejez y de su vida es la resignación. Las más bellas cartas, las más armoniosas, proceden de esta época de íntimo recogimiento. E incluso cuando experimenta la más perturbadora de las desgracias, la muerte de su amada hija Tulia, su arte le ayuda a alcanzar la dignidad filosófica. Escribe esas *Consolationes* que aún hoy, después de siglos, siguen confortando a miles de personas que conocen ese mismo destino. Sólo al exilio debe la posteridad que el gran escritor surgiera a partir del que en otro tiempo fue un activo orador. En esos tres años de tranquilidad, hace más por su obra y por su fama póstuma que en los treinta anteriores que, pródigo, sacrificó a la *res publica*, a los asuntos de Estado.